

EL DESACOPLAMIENTO ENTRE LA ARQUITECTURA Y LA REALIDAD – LA EMERGENCIA DE LA RED

INTERNATIONAL CONGRESS

Arquitectonics International Review: Mind, Land and Society 2009

ISSN 1579-4431

José Manuel de la Puente Martorell

I.

Una idea excesivamente humanista acerca del funcionalismo mefistofélico de las ciencias y las tecnologías impide ver que el esquema piramidal de la acumulación del capital no es ahora tectónico sino escatológico: se trata de construir espectros de la realidad sobre un cráter simbólico, es decir, se trata de edificar basura (psicológica o material, como en la película 'Wallee', batallón de limpieza) con un soporte financiero inexistente, por lo que la estética de Madoff sería la misma que la de Koolhaas.

La ética dominante de la tecnociencia, la subordinación masiva de los enunciados cognoscitivos a la finalidad de la mejor 'performance', es ya una formulación pasada de moda, gótica, después de que el criterio técnico haya dejado de tener un carácter neutral, y la economía se haya desacoplado por completo de la producción.

Hasta recientemente, al aludido 'criterio técnico' se le tenía por el filtro espontáneo para evaluar la "aparición de las cosas" (los tornillos, las pizzas, el conocimiento), según la "Pregunta por la Técnica" de Heidegger. Sin embargo, hace ya tiempo que la genuina aparición de los fenómenos, desde el punto de vista del significado, es la red. Hoy todo aquello que tiene sentido no parece mero resultado de una factoría, sino que destaca por estar en red; todo lo primordial, vital, relevante y sensato es virtual, es decir, es retinario, o está atrapado en una red, o medra en cierto orden mallado del *establishment*. En su último nivel, la tecnología se ha convertido en un mero reprocesador de nodos. La materia, por su parte, no es aquello con que media la Arquitectura –según un extendido prejuicio– sino grumos de despojos y detritus de los que poco a poco emergen entidades que se incorporan a la red (a alguna red), es decir, entidades o cosas que en un momento u otro, habiendo salido del magma no computable, han conseguido constituirse en red –quizá primero como islas, luego como archipiélagos, y finalmente en Internet–, y han merecido en definitiva (condensar) la atención particular y concreta; cosas o entidades que como mínimo –o como máximo– se sujetaron en un principio a la prerrogativa de recibir un nombre. Así, se admite que la civilización haya evolucionado bajo un paradigma de estas características (Castells), que de alguna manera vuelve a poner en primer plano la lingüística, la antropología y el estructuralismo de décadas pasadas; en cuanto eran –ahora se sabe– "primeras puestas en red" de conceptos anteriormente no diferenciados. Enfatizémoslo: el lenguaje fue la primera tecnología (la primera manera de atrapar las cosas "en red").

II.

La burbuja financiera ha explotado y deja metralla en casa, y varias momias en el armario. Que la red sea infinita (y compleja) no resta nada a una primera composición de lugar, siempre que no intervenga el dinero. Paul Virilio dijo que la novedad tecnológica –verbigracia, en estos últimos años el sistema crediticio y su ingeniería de apalancamientos– comporta siempre un accidente. Así, la tragedia del aparato financiero global ha desvelado la naturaleza de “su” accidente propio y básico: la chatarra arquitectónica esparcida por el planeta. (Que los sistemas de signos se estaban desacoplando ya lo veníamos intuyendo: pero ahora se ha quebrado el último sistema de signos en pie que quedaba: el del dinero) En el envés, la crisis –el desacoplamiento entre finanzas y economía– subraya el carácter virtual de la red, abandonando la arquitectura a su *flirt* con la “realidad”, arruinando así el último bastión semántico definitivamente desacoplado (porque el sistema más frágil que restaba, el de la moneda, como tal también se está quebrando); dejando a la deriva, desamparados, desarmados, desmontados, y en algun caso estrellados, a políticos contratantes de “arquitectura” en los últimos tiempos (últimos estertores de una basura que ya jamás entrará en red). Todo –empezando por lo construido– no parece valer nada. Los corrimientos, deslizamientos, zozobras, vuelcos, etc., en los sistemas de signos que sobreviven y nos sobrevuelan coyunturalmente –antaño apoyados en la reina de las Bellas Artes– han sido aniquilados definitivamente por los vaivenes de una hipoteca-porquería, y se sospechan en el futuro inmediato despiadados, violentos, salvajes, aunque quizá más transparentes.

Los arquitectos, inmunes a la debacle de la realidad, siguen entendiendo la arquitectura como un fetiche, muy deportivamente, pues es la única actitud que les cohesiona como gremio. En este sentido, hay un *match* entre los arquitectos y el resto de la Humanidad. Una intensificación de esta posición, devenida hito histórico, fue la novela *The Fountainhead*, escrita por la ruso-norteamericana Ayn Rand a mediados del siglo XX. El relato *El Manantial* fue convertido en película por el director King Vidor en 1948 (Warner Brothers), año de aparición del célebre artículo de Alfred Barr “*What is Happening to Modern Architecture?*” (MOMA bulletin vol. XV, No. 3.). ¿Qué le pasa a la arquitectura moderna?. Pues bien, estaba sucediendo esto: que en la trama del film y la novela, un arquitecto atormentado por un destino moral por no decir redentor (Gary Cooper), en los Estados Unidos, aparecía en un tris de perder la vida –física, real– antes que dinamitar su obra.

Los arquitectos actuales desconocen qué versión del sacerdocio representan, pese a que la sacerdotisa (arquitecta) Beatriz Colomina lo haya declarado así: “Los arquitectos buscamos dioses para adorarlos” (*El País*, 20/04/2009). Pero la humanidad ha progresado sobre los mitos y, aunque no lo parezca, a trancas y barrancas, también sobre la muerte. Ésta, en concreto, se ha desidealizado a la máxima potencia. La muerte ha desaparecido y no tiene aureola, es simplemente aquello que se sustrae a la red, lo que no está en red en absoluto, lo que no significa nada, lo que es inimaginable. El frío concepto lacaniano de lo Real planea entre estos restos, entre estas ruinas despojadas de todo romanticismo. Y es insano

acechar o protocolizar lo que es inane. El viejo Tiresias ya preconizaba en "Antígona" (Sófocles) la trascendencia de la arquitectura: "No hay ninguna razón en asesinar a un cadáver". "Azotar a un caballo muerto", continuaba Sófocles, es estéril y absurdo (como es la actitud de Creonte, quien se empeña en perseguir a su enemigo una vez muerto).

La fantasía del goce romántico de la arquitectura, que tan bien aparece representada en el film citado, ha sido exterminada, en palabras recientes de Peter Sloterdijk, por "el demonio de lo explícito" (1). O bien estás en la red –y bien explicado– o bien estás muerto, ya no hay espacio para la tortura gótica característica que los arquitectos cultivan en su biombo "disciplinar" y endogámico desde John Ruskin. Aquel objeto mental confuso y divagativo que la sociedad de postguerra aún toleró al CIAM, luego al Team 10, y luego a los diferentes adalides, cyborgs y mutantes de la modernidad arquitectónica, hoy –a la vista de lo que acontece– ¿qué es sino una gran impostura, una perversión paralela a la de los "grandes objetivos" que aseguraban tener los directivos y consejeros de las grandes corporaciones antes de la crisis? ¿Qué nos han dejado los innumerables Gary Coopers-arquitectos de Occidente, en las últimas décadas de desenfreno del tocho, como resultado? Los economistas y banqueros –con traje y corbata- han disfrutado de infinidad de privilegios: sueldos estratosféricos, incentivos, vacaciones, *jets* privados, clubs de campo, etc., a costa de las empresas... Y sin ninguna recriminación, es decir, impunemente; igual que... ¿los arquitectos? No. Los arquitectos, de la mano de aquellos altos ejecutivos, promotores y banqueros, vestían un atuendo más informal (predominó el negro Armani), pero callaban como momias y siguen callando ante la tragedia. Han permitido, sinó perpetrado, la extensión del panorama sólido que yace ante nuestros ojos incrédulos e implorantes, y lo han hecho distraídamente de manera muy similar a las águilas de las finanzas, e incluso con mayor escarnio (pues la perversión tiene una escapatoria en los libros de psicología: siempre puede sublimarse). Alguien ha comentado que ambos grupos, financieros y arquitectos, parecían *brahmanes* inapelables frente a una casta de ciudadanos-parias (2), los sufridores, que tuvieron que aguantar lo indecible. La sutil diferencia es que en el bando del dólar, la libra y el euro ha habido intentos recientes de asumir responsabilidades, e incluso alguno las ha asumido a la fuerza por el peso de la ley, mientras que a nadie en la vetérrima cofradía de Vitruvio, absolutamente a nadie, parece concernirle un planeta arruinado en sus paisajes, en sus ecosistemas, en sus espacios públicos y urbanos, a causa, en gran parte, del derroche y la proliferación desenfrenada de edificaciones, cubículos de hormigón y derroches de cemento; a causa de la pandemia de edificios culturalmente vacíos, de edificios sin pregnancia alguna en la red (del sentido), de edificios firmados por alguien y que al final exhiben su verdadero precio.

Notas

(1) Peter Sloterdijk, *Sphären III: Schäume – Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag 2004*

(2) "Cuando nace un brahmán, nace superior a la Tierra entera, es señor de todas las criaturas, y tiene que guardar el secreto del dharma. Todo lo que existe en el mundo es propiedad privada del brahmán. Por la alta excelencia de su nacimiento, él tiene derecho a todo. Esto es, es él quien goza, quien viste, quien da a otros, y es a través de su gracia que otros gozan", se dice en el 'Libro de Manu'. Las leyes de Manu están contenidas en un antiguo manuscrito hindú que estableció el sistema de castas en la India hace más de dos mil años. El brahmán es la casta superior. Sólo unos elegidos pueden pertenecer a la misma y, como dice la cita, gozan de todos los derechos y su única labor es instruir en el conocimiento del mundo al resto de castas.